La difamación

Ahora, cuando el legislador brasileño tiene miedo a las malas lenguas de la prensa y se ocupa en preservar de ellas nuestra pureza administrativa, es la ocasión de preguntarnos lo que en realidad vale esa trompeta de la injusticia—la difamación—en boca de los periodistas.

Hubo un tiempo en que la difamación fué en efecto una potencia. Fué antes de que el descubrimiento de Gutenberg llegase a ser lo que hoy es, el sol en el horizonte de la conciencia humana. Gracias a la ubicuidad de esta luz, cesaron las influencias impalpables y terribles de la mentira. La prensa, multiplicada hasta lo infinito, por el periódico y el diario, ha arrancado a los malhechores de la palabra su antigua tiranía y librado de ella a la inocencia y la virtud.

Bastaría para apreciar lo que fué esa tenebrosa dominación, entresacar de la historia una página—la página de la malignidad por excelencia—la vida del Aretino, a quien podría apellidarse, en la acepción griega de la palabra, Diábolos, el calumniador por antonomasia. El nombre de este reitre de talento da la medida del descenso moral de la Italia del Renacimiento, y nos enseña las monstruosas proporciones asumidas por la soberania del mal en las épocas en que un salteador literario podía hacer pesar sobre la sociedad aterrada, el monopolio de la pluma.

La suerte, en la inverosimilitud de sus sorpresas, no podría engendrar un prodigio comparable a la carrera de este personaje.

Hijo de cortesano, criminal y fugitivo antes de los trece años, se concierta como criado de un mercader, sirve a un Cardenal, explota su servidumbre en casa del futuro Clemente VII, viste la cogulla del capuchino en Rávena, y seducido luego por la atracción de la corte de hombres de letras, histriones y aventureros que rodea a León X, cuelga los hábitos, corre a Roma y reviste la librea del Vaticano. En la catástrofe de la Iglesia y la de Italia se exhibe tal cual es. El saqueo de Roma, el cautiverio del Papa, la agonía de la cristianidad de Occidente, la profanación de la Ciudad Eterna regocijan el alma de nuestro bandido. Las calamidades de la patria no son para él sino pretextos para satisfacer su hambre de insulto y de chantage. Después, habiendo recorrido ya todos los grados de la mendicidad y el libertinaje, va a Venecia, donde se habla y escribe con libertad y radica allí el refugio de la bajeza de sus inclinaciones y de las victorias de su cinismo.

Desde allí, mendiga, este sicario del libelo, los favores del mundo, y tiende su escudilla a la Italia entera, a los cristianos, a los infieles, al Gran Turco, a Clemente VII, a Pablo III, a Julio III, a la púrpura de los Cardenales, a la corona de los príncipes, a la reja de los banqueros, a Carlos V, a Francisco I, al Condestable de Montmorency, al Rey de Inglaterra, a los artistas, a Solimán, a Barbaroja. Con el erotismo de sus sonetos emborracha a los libertinos; con el veneno de sus epigramas intimida a los irresolutos; bajo

el cieno de sus calumnias ahoga a los que se le oponen. Nadie osa resistirle ya. Desde la inmunidad de su trono de pordiosero, en el fondo del Adriático, domina la Italia entera. "Con una pluma y una hoja de papel, dice, me río del universo". Náda en las prebendas y los honores. Cabalga a la derecha de Carlos V. Julio III, pontífice, lo besa en la frente. Se ufana de ser "oráculo de la verdad y secretario del mundo". La gloria y la infámia, él las imparte. El seguro de la honra, la caución contra la maledicencia se pagan a precio de oro en las antecámaras del antiguo criado de Chigi, desde ahora protector de las letras y Mecenas del Renacimiento.

Déspota de la opinión prostituída escribe en la portada de sus libros: "Pedro Aretino, hombre libre por la gracia de Dios". Vil difamador, asimismo se aclama azote de los príncipes. Es caballero de San Pedro y en poco estuvo que no fuera príncipe de la Iglesia. Si no lo fué, obtuvo de ella las más monstruosas apologías. Los predicadores lo ponen por encima de los santos padres, lo equiparan a los mayores discípulos de Cristo, lo llaman columna del templo, lámpara del santuario, hijo de Dios.

Traficando lo mismo con los apetitos más viles que con los sentimientos más bajos, ve a sus plantas a los escritores, a los poetas, a los genios. El Ticiano lo corteja. Ariosto lo apellido divino. Sólo la austera castidad del genio evocador de profetas y sibilas, Miguel Angel le niega obstinadamente un trozo de mármol en sus galerías, un esbozo, una cuartilla de papel consagrada por el contacto de su mano. Entonces el crapuloso histrión, habitual explotador de la lascivia, la obscenidad y la devoción, refinado y sutil cantor de los sonetos lujuriosos, romancero especial de los burdeles, el escudero del emperador luterano, que se exhibe recorriendo en brillantes cabalgatas la desolada metrópoli del Catolicismo, acusa de impureza el severo buril del estatuario y la divina paleta del pintor; conmina al Obispo de Roma para que haga velar la augusta desnudez del juicio final y amenaza con la Inquisición al gran inspirado, por el crimen de luteranismo.

A un hombre tan corrompido como éste, le llamaríamos hoy el camorrista, el más perfecto maitre chanteur. Es de tal manera desmesurada su conciencia de la perversión con que ejerce el oficio de despedazar la honra ajena, que recibe conmovido y agradece presuntuoso la cadena de lenguas de oro con punta roja, simulando estar envenenadas, y este exergo lingua ejus loquetur mendacium, que le envía Francisco I. Es el creador del género camorra, chantage, blackmail. El miedo es el principal objeto de su explotación. La lengua de su siglo es galante, lisonjera: la suya despectiva e impudente. La calumnia escrita, en su tiempo, era peor que una puñalada. Cosa impresa, cosa cierta. Y él ponía precio a la calumnia, al silencio y al elogio.

Puede el Aretino renacer; pero el medio propicio a sus victorias no reaparecerá jamás. Cuando la palabra escrita era un claro en la floresta enmarañada, los malhechores de la pluma podían blandir su cetro por encima de la sociedad inerme contra los tiros asestados en la oscuridad. Las heridas a la reputación del individuo eran entonces mortales; pero al aparecer el diario, la prensa limó las garras al bandolerismo intelectual. Puede que tengan

aún algunos clientes "los profesionales del escándalo", como los habrá siempre de las más abyectas depravaciones de la sensualidad. Pero esta especie de mercancía sólo mancha las manos de quien la fabrica y el espíritu de quienes la consumen. La soberanía de los espadachines de la literatura ha concluído. Los hombres de bien los señalan con el dedo, y temen más sus elogios que sus injurias. Su simpatía ofende; sus ultrajes enaltecen.

Para concebir la altura hasta donde pueden llegar esos ultrajes, es preciso traer a la memoria los que hicieron apurar al patriarca de Norte América. Tales fueron ellos, que Washington declaraba preferir la muerte a continuar en el Gobierno.

Acusado de defraudar el Tesoro; puesto al nivel de los más vulgares traficantes, imputándole haber radicado la capital donde actualmente se halla para aumentar el valor de sus bienes particulares de las orillas del Potomac, el primero de los americanos, soportó insultos tales, que sólo "un Nerón", un criminal notorio, un ladrón vulgar", hubiera merecido. Cuando terminó su segunda presidencia, los órganos de la oposición proclamaron esa fecha como "debiendo ser un jubileo para los Estados Unidos". "Jamás nación alguna ha sido más prostituída por un hombre que la Nación Americana por Washington", decía uno de ellos.

Desde entonces las oposiciones desbocadas y las acusaciones gratuitas han sido siempre constantes en el cinismo y en la impotencia.

Todos los hombres útiles a su país están condenados a la prueba de la hiel y del vinagre. Sin embargo, sólo la medianía y la pequeñez de alma se dejan arrastrar a la represión. La experiencia constante está demostrando la ineficacia de la maledicencia contra los hombres de bien.

El Calumniad! Calumniad! tiene aún sus adeptos; pero su desprestigio es cada día mayor. La constante enseñanza del siglo confirma invariablemente la cordura de ese político de la revolución francesa que, en un discurso sobre la difamación de los empleados públicos, decía a los calumniados: "Dejadlos escribir contra vosotros lo que quieran. Tarde o temprano, vuestra victoria se erguirá sobre la calumnia. En cuanto a lo que a las personas concierne, la libertad de la prensa favorece a los hombres de bien, y es peligrosa sólo para los malvados."

Tú, Aretino, no mereces que la libertad de la prensa se mutile por tu culpa, ni se apele a la justicia para atarte las manos. Crees manchar el nombre de tus víctimas y no haces en suma sino robar el dinero de los que te pagan. Para castigar tus crímenes, la policía, más que legión, es ejército; se llama multitud, se apellida publicidad. El fondo de tu conciencia, corroído por secreto vicio, no escapa a su penetración, como no escapan a la de la radiografía los cuerpos opacos. Cuando tú te crees bien oculto para maquinar tus golpes y saquear y asesinar la honra ajena; cuando ciñes la aureola del talento y las vestiduras de la elocuencia para vender los productos de tu infamia, ya estás preso, desenmascarado, exhibido, reconocido, a pesar de tu disfraz, por tus posturas de melodrama, por las pústulas de tu piel, por los estigmas de tu degeneración, por tu mísera desnudez. Bah! Ya no eres "el azote de los

príncipes". Cuando mucho, la delicia de los esclavos. El veneno de tu procacidad, en nuestra época, es el más fútil de los anacronismos. La prensa no se mancha con que tú la pringues. Las instituciones libres no serán mutiladas porque tú existas. La probidad no está en peligro porque tú amenaces.

Ruy Barbosa

Traducción de Quintiliano.

Tomado de Reproducción.—Serie 2ª, números 2-30, de agosto de 1919. páginas 40-46.

Un nuevo ciudadano de honor

Nº 109.—El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica

Considerando:

1º—Que los ciudadanos extranjeros cuyos actos desinteresados en beneficio de la Patria en que viven, son acreedores a la gratitud nacional y a una recompensa en relación con sus méritos y el respeto que se les debe;

2º—Que por cuanto el ciudadano hondureño Reverendo Padre José de la Cruz Turcios ha mantenido en todo problema nacional una actitud de leal costarricense.

3º—Y que por cuanto el Reverendo Padre José de la Cruz Turcios ha realizado obra de bien social y procurado progreso y realidad en el orden cultural y del trabajo, es acreedor a una distinción que haga permanente la memoria suya en el sentido patrio,

Decreta:

Artículo 1º—Concédesele al Reverendo Padre José de la Cruz Turcios, el título de *"Ciudadano de Honor Costarricense"*, con goce de todos los derechos inherentes a la ciudadanía, de acuerdo con la Constitución vigente; entendiendo el Congreso que al otorgársele esta prerrogativa, no perjudica los derechos civiles y políticos que le competen como ciudadano hondureño.

Artículo 2º—Copia de este decreto, escrito en pergamino, firmado por el Directorio del Poder Legislativo y los señores Diputados, le será entregada el día 15 de agosto del presente año.

Comuníquese al Poder Ejecutivo

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional.—San José, a los catorce días del mes de agosto de mil novecientos cuarenta y tres.—J. Albertazzi Avendaño, Primer Secretario.—A. Baltodano B., Segundo Secretario.—Efraím Monge B., Secretario ad hoc.—Casa Presidenciai.—San José, dieciséis de agosto de mil novecientos cuarenta y tres.—Publiquese.—R. A. Calderón Guardia.—El Subsecretario de Estado en el Despacho de Gobernación,—Máximo Quesada P.